

## EL IMPERIALISMO: ACONTECIMIENTOS Y PROCESOS

### *Imperialism: Events and Processes*

Richard LANGHORNE

*Center for Global Change and Governance*

*Rutgers University - Newark, New Jersey, USA*

BIBLID [(1999) 17; 19-37]

RESUMEN: Este artículo trata de evaluar la importancia del imperialismo a finales del siglo pasado tanto en las relaciones exteriores como en la política interna. En el primer ámbito, surge entonces, a consecuencia de los avances en las comunicaciones, un sistema internacional de carácter global en el que la forma estatal más competitiva es el gran Estado de extensión territorial continua. La adquisición de grandes imperios coloniales tiene lugar, pues, cuando la utilidad internacional de los mismos era muy limitada. Los conflictos internacionales que cubren la primera mitad del siglo XX enfrentan a dos potencias regionales, Alemania y Japón, que intentaban hacer de su supremacía regional un activo rentable a escala global, tratando de obtener una extensión territorial tan integrada como fuera posible, sin que la expansión ultramarina desempeñase en ellos un papel importante.

Los avances tecnológicos afectaron igualmente al papel del imperialismo en la política interna. Mucho más que antes, el poder de un estado dependió de su eficacia interna, su nivel de cohesión social y su estabilidad política. La búsqueda de cuestiones susceptibles de ser utilizadas para recabar un mayor apoyo popular se convirtió en obsesión, y entre ellas figuró la política internacional. Sin embargo, incluso como elemento retórico de movilización, los temas relacionados con la defensa o los acuerdos de carácter estratégico ocuparon un plano predominante respecto de la política imperial.

*Palabras Clave:* Fin de siglo, Política Exterior, Imperialismo, Globalización.

**ABSTRACT:** This article seeks to evaluate the importance of imperialism at the end of the last century both in foreign relations and domestic policy. In the former, as a result of advances in communications, a global international system arose in which the most competitive form of state was the great state in continual territorial expansion. The acquiring of large colonial empires thus took place when their international usefulness was very limited. The international conflicts that occupied the first half of the twentieth century brought two regional powers face to face, Germany and Japan, who tried to turn their regional supremacy into a profitable asset on a world scale, by trying to obtain a territorial expansion as integrated as possible without overseas expansion playing a major role.

Progress in technology also affected the role of imperialism in domestic policy. Much more than before, the power of a state depended on its domestic efficacy, its level of social cohesion and its political stability. The search for issues that could be used to gather greater popular support became an obsession, and among these issues was international policy. However, even as a rhetorical element for mobilisation, subjects related to defence or strategic agreements occupied a predominant place with respect to imperial policy.

*Key Words:* End of Century, Foreign Policy, Imperialism, Globalisation.

## INTRODUCCIÓN

Cuando oímos hablar de siglos y de milenios pensamos de forma espontánea en tendencias evolutivas de largo plazo. No obstante, dado que tanto los siglos como los milenios dependen por completo de los calendarios que una determinada sociedad utiliza, quizá sea una suerte que los acontecimientos de mayor relevancia rara vez coincidan con exactitud con los cambios más significativos del calendario cristiano. El momento decisivo a la hora de señalar el final del siglo XIX fue, con toda probabilidad, la guerra del 14, mientras que parece probable que sean la caída de la Unión Soviética y el final del sistema internacional bipolar los dos acontecimientos que señalen el final del XX; acontecimientos ambos que se han producido casi diez años antes de que empiece el nuevo siglo. Esta última circunstancia supone una gran ventaja, ya que los cambios que con tanta rapidez se han desencadenado a partir de 1989 han establecido una *cesura* muy nítida entre el momento presente y el resto del siglo XX, proporcionándonos una visión del mismo más clara que la que habría podido tener cualquier observador en 1987.

Para que dicha ventaja nos permita agudizar nuestra capacidad de percepción es necesario que abordemos la historia desde una perspectiva transnacional. A lo largo del siglo XX se han producido muchos avances de importancia —en materia de salud, educación, comunicaciones, globalización económica y difusión de conocimientos— cuyos ritmos y consecuencias han variado mucho según los estados, sociedades e instituciones, haciendo ineludible una evaluación individualizada de las consecuencias que ello ha tenido en cada caso. Tal enfoque resulta particularmente útil para calibrar cómo han ido cambiando las posturas respecto al Estado y

para explicar tales cambios. Hoy en día resulta evidente que las implicaciones del proceso de cambio al que asistimos van más allá de la quiebra de la ideología comunista y el triunfo del capitalismo. El derrumbe de la Unión Soviética se produjo porque las ventajas de pertenecer a una gran entidad estatal habían dejado de tener tanta fuerza vinculante como la que ejercían otras lealtades más locales y, a menudo, también más antiguas. Tanto el Imperio Transcontinental Ruso como la Unión Soviética surgieron gracias a la conjunción de una serie de factores que hicieron de los grandes estados territoriales la forma estatal óptima y, en consecuencia, la más poderosa durante el siglo XIX. Sin embargo, ya avanzado el siglo XX, tales factores han sufrido un proceso de erosión que, finalmente, ha hecho que el gran Estado territorial haya dejado de cumplir su misión. Lo dicho puede aplicarse igualmente a los Estados Unidos y, de manera aún más evidente, a la Unión Europea, si bien en estos casos los efectos inmediatos han sido distintos. En mayor o menor medida, todos los Estados tienen que hacer frente a una situación nueva que, para algunos de ellos, trae como consecuencia un debilitamiento y, para otros, ha supuesto, o habrá de suponer, el derrumbe. Las razones que explican esta situación derivan de la globalización de la economía mundial y ya han sido objeto de análisis de gran interés, aunque son pocos los que guardan relación con el tema del imperialismo de hace un siglo<sup>1</sup>. No obstante, sí que pueden aportarnos alguna luz sobre las circunstancias en que se produjo el surgimiento del gran estado territorial. A este respecto, resulta muy interesante observar cómo, en agudo contraste con la opinión más generalizada en el año 1945 y con posterioridad, la época de las superpotencias no marcó el inicio de un proceso sino su final. Su surgimiento fue el último capítulo de la larga historia de la supremacía del estado y la causa de las violentísimas confrontaciones del periodo 1903-1945<sup>2</sup>.

Para evaluar la importancia que tenía el imperialismo a finales del pasado siglo habrá que tomar en consideración el grado de desarrollo que en aquel momento se había alcanzado en la larga evolución histórica de los Estados y cuáles fueron sus efectos sobre las relaciones exteriores de los mismos. El fenómeno del imperialismo, y las posturas que ante él se adoptaron, guardan una relación más estrecha con las presiones derivadas de esta evolución en el tamaño y la estructura de las formaciones estatales de mayor éxito que con cualquier tipo de ideología o necesidad de carácter económico. Para poder percibir la validez de esta afirmación en todo su alcance será necesario recordar algunos de los desarrollos históricos previos y comprender de qué modo las distintas manifestaciones del Estado han afectado la gestión de sus relaciones internacionales.

1. John DUNNING, *Globalisation: the Challenge for National Economic Regimes*, ESRI, Dublin, 1993 y *Globalization, Technological Change and the spatial Organization of Economic Activity*, CIBER Working Paper, 96.001, Rutgers University, Newark, NJ, USA.

2. Véase *The End of Cold War*, ed. D. ARMSTRONG y E. GOLDSTEIN, Londres, 1990, especialmente el capítulo 3.

## I.

El momento en la evolución del Estado que presenta un mayor interés para la cuestión que nos ocupa se produjo en el último cuarto del siglo XIX, como consecuencia de los avances tecnológicos en las comunicaciones provocados por la primera revolución industrial. Sin embargo, con anterioridad habían tenido lugar dos fases: durante la primera se gestó la consolidación del Estado como la forma de organización normal, y finalmente la única, de las sociedades europeas, a la vez que se producía la atrofia de las formas organizativas y las filosofías políticas que no se adaptaban a este desarrollo. El proceso se inició en Italia en el siglo XV, se extendió hacia el norte en el siglo XVI y se generalizó a mediados del XVII. En un primer momento, tanto las formas como el tamaño de los Estados continuaron siendo muy diversos, pero a principios del siglo XVIII comenzó un proceso de convergencia que indicaba que los medios de comunicación y los métodos administrativos contemporáneos permitían alcanzar un tamaño óptimo de Estado que venía a equivaler, aproximadamente, al de Francia. La forma estatal en sí misma, así como un determinado grado de efectividad mínima en la práctica del gobierno, alcanzaron una preponderancia total, a la vez que el poder europeo continuaba su rápida expansión en Ultramar. La redistribución del poder que se produjo entonces fue empujando a las entidades de menor tamaño (Suecia, los Países Bajos, Venecia, Génova y Portugal) hacia una posición marginal, mientras que en las tierras alemanas y centroeuropeas encontraban acomodo Prusia y un Imperio Habsburgo reformado. Paralelamente, en la periferia europea, dos Estados que habían adquirido importancia recientemente, Gran Bretaña y Rusia, se iban consolidando. Ambos poseían importantes activos extraeuropeos que, sin embargo, no podían utilizar para alcanzar una posición hegemónica en el escenario continental<sup>3</sup>. Esta segunda fase produjo un resultado que, inicialmente, habría de resultar problemático: una división del poder inamovible, pero en líneas generales equilibrada, entre cinco Estados principales —las grandes potencias europeas de los siglos XIX y XX—. Ni tan siquiera Napoleón fue capaz de oponerse a la extraordinaria pujanza de este desarrollo<sup>4</sup>.

La tercera fase tuvo lugar hacia finales del siglo XIX y vino provocada por un nuevo cambio en el tamaño óptimo del Estado y, consiguientemente, en la distribución del poder entre las distintas entidades estatales. También señaló el momento en que, tanto el triunfo de la forma estatal como la división internacional del poder, alcanzaron una dimensión plenamente global. El factor desencadenante fue la revolución en la velocidad de las comunicaciones. La invención del motor de vapor y su aplicación al transporte terrestre (su efecto sobre el transporte marítimo no tuvo la misma relevancia), hizo posible que los gobiernos transportaran mer-

3. Véase M. ANDERSON, *Europe in the Eighteenth Century*, Londres, 1961.

4. R. LANGHORNE, "Reflections on the Significance of the Congress of Vienna", *Review of International Studies*, 12, 1986; véase también F. H. HINSLEY, *Power and the Pursuit of Peace*, CUP, 1963, capítulos 9 y 10.

cancías, personas e información a una velocidad y a una distancia cinco veces mayor que antes. Paralelamente, la invención del telégrafo eléctrico, y su ulterior desarrollo, el cable transoceánico, incrementaron los efectos de este impacto revolucionario en lo que hacía a la difusión de información y noticias. En pocas palabras, los gobiernos centrales estaban ahora en condiciones de saber, de forma más o menos inmediata, en cuál de sus lejanas fronteras existía una situación problemática o de desorden, y de enviar con gran rapidez tropas, si ello fuera necesario, para hacerlas frente. A su llegada, tales tropas recibirían las pertinentes órdenes a través del telégrafo. Pero el hecho de que los gobiernos dispusieran de la capacidad de imponer su control sobre las distancias más lejanas no fue el único cambio significativo que se produjo. La rápida transmisión de noticias de todo tipo hizo posible la creación de unas sociedades políticas de un tamaño hasta entonces desconocido: el objetivo de lograr un alto grado de control y de cohesión estaba ya a su alcance. El resultado fue el surgimiento del gran Estado de extensión territorial continua; una forma estatal que ofrecía las características óptimas para garantizar el éxito y la seguridad en una comunidad global. Otro resultado de este mismo proceso fue la erosión del poder y la importancia de aquellas entidades que no pudieron adaptarse a las nuevas circunstancias o crear por sí mismas una forma estatal de este tipo<sup>5</sup>.

La Historia nos enseña que, de las antiguas grandes potencias, tan sólo Rusia pudo lograrlo; ni siquiera el Imperio Británico, aunque fue capaz de desempeñar un papel de potencia mundial hasta 1945, poseía el grado de integración geográfica necesario para sobrevivir. Los Estados Unidos fueron el otro candidato que tuvo éxito. A semejanza de Rusia, también ellos podían expandirse a través de una gran masa continental por medio de la construcción de líneas férreas, las migraciones de población y la extensión del control político y económico. Sin embargo, en muchos otros rasgos diferían de forma notable, de tal modo que la subsiguiente historia de ambos Estados resultó también diferente; una diferencia que nunca se ha manifestado de forma tan patente como a finales del siglo XX. Pero serían sus semejanzas, particularmente a medida que la primera fase de su expansión se ponía en marcha, las que afectaron al imperialismo. No obstante dejaremos la cuestión de su triunfo en 1945 —y su actual decadencia— para un futuro debate en el 2.099, y pasaremos a ocuparnos ahora de aquellos temas que afectan a la situación de finales del siglo XIX.

De entrada es importante recordar que los Estados se vieron forzados a reaccionar ante esta nueva situación a escala global. No se trataba tan sólo de que el tamaño concreto del Estado hubiera adquirido una importancia abrumadora. A esto había que añadir el hecho de que la revolución de las comunicaciones hubiera puesto fin al aislamiento de Europa, creando un sistema internacional de carácter global<sup>6</sup>. Ya no había manera de mantenerse al margen de los acontecimientos in-

5. R. LANGHORNE, *The Collapse of the Concert of Europe*, Londres, 1982, capítulo 2.

6. Véase Geoffrey BARRACLOUGH, *An Introduction to Contemporary History*, Londres, 1964.

ternacionales; cualquier cosa que ocurriera en algún lugar era rápidamente conocida en todas partes, del mismo modo que los cambios que se producían en la distribución del poder tenían implicaciones que excedían en mucho los ámbitos regionales inmediatos. Todo ello tuvo un efecto paradójico. Cuando las potencias europeas adquirieron el grueso de sus posesiones de Ultramar, la motivación fue el comercio más que las consideraciones estratégicas, y los medios los puso la iniciativa privada más que la política gubernamental. La utilidad de tales posesiones seguía siendo muy limitada en el contexto de las relaciones políticas entre las potencias europeas a escala regional. Parecía que el comienzo de la globalización política alteraría dicha situación, confiriendo una ventaja considerable a aquellas potencias que gozaban ya de una presencia global a la hora de enfrentarse a la nueva situación. De hecho, eso era lo que el gobierno alemán pensaba de los británicos y también, aunque en menor medida, de los franceses. Durante algún tiempo creyó que las posesiones coloniales eran una fuente de poder y, por lo tanto, un objetivo apetecible, sin darse cuenta de que tales posesiones eran el fruto de una posición de poder de la que se había disfrutado en un determinado período y que también podían conllevar ciertos inconvenientes. No cabe duda de que para los británicos los atractivos del imperio se veían seriamente limitados por los compromisos y los gastos que acarrearaba, sobre todo a partir del momento en que el Estado sustituyó a la iniciativa privada como principal propietario. De ahí la paradoja: los imperios ya adquiridos no garantizaban el éxito a la hora de acceder al sistema internacional de carácter global de finales del siglo XIX; al contrario, en el peor de los casos podían suponer un verdadero estorbo y en el mejor un elemento de distracción. La expansión territorial que realmente valía la pena tenía que constituir un todo integral con el Estado que la había iniciado y permitir una firme soldadura de las distintas partes en una estructura estatal unitaria, de tal modo que ninguna restricción física o política pusiera límites a la expansión demográfica, estratégica y de los recursos a la que se podía aspirar.

Este simple hecho bastó para cambiar las valoraciones contemporáneas sobre el tipo de política expansiva que era viable o deseable: era patente que la expansión integral gozaba de mayor popularidad que cualquier propuesta a favor de una ampliación de los imperios coloniales. Así, mientras que la creación de unos Estados Unidos de dimensión continental constituía un “destino manifiesto”, la adquisición de territorios en el Pacífico hubo de enfrentarse a una fuerte oposición en el Congreso. De igual manera, la formación de un nuevo gobierno en Francia evitó que los franceses tomaran parte en la ocupación de Egipto en 1882, aun cuando el nuevo gabinete era más nacionalista que su predecesor. Por su parte, el breve período de cooperación “colonial” de Bismarck con Francia durante los años 1884/5 se mantuvo tan sólo mientras el gabinete Ferry en París mostró algún interés en la expansión; cuando Ferry desapareció de escena ante la oposición que suscitó su política aventurera en Indochina, se desvaneció también el interés alemán por la política africana. De hecho, Bismarck siempre había pensado que la expansión en Ultramar no era sino un mecanismo más para mantener el control sobre los asun-

tos europeos. De ahí su célebre frase cuando, al contemplar un mapa de Europa que colgaba de la pared, afirmó: “ese es mi mapa de África”<sup>7</sup>. En Gran Bretaña, por poner un ejemplo más, el imperio, que en un principio se consideró como la consecuencia, más o menos accidental, de una acción anterior de la iniciativa privada y, más adelante, como la causa de una serie de gastos burocráticos innecesarios y enojosos, pareció ofrecer, justo cuando concluía el siglo XIX, una oportunidad de subirse al tren de la globalización mediante la creación de una Federación Imperial. Aun así, seguía existiendo la duda de si las ventajas de un imperio global compensarían los costes de su defensa y los demás gastos que implicaba. La crisis política a gran escala que supuso la Guerra de los *Boers* en el cambio de siglo constituyó toda una lección sobre la ambivalencia del Imperio. Se produjo un profundo desacuerdo entre aquellos que consideraban que someter a los *Boers* era una necesidad estratégica e imperial y aquellos otros que pensaban que perseguir la consecución de tal objetivo era innecesario y moralmente reprochable. La cuestión dividió familias, deterioró las relaciones sociales y coartó gravemente los procesos políticos. Nada que se le pueda comparar volvería a ocurrir hasta que, ya muy avanzado el siglo XX, surgiera en los Estados Unidos la oposición interna a la Guerra del Vietnam<sup>8</sup>.

La idea de la Federación Imperial tampoco tuvo mucho éxito, ni en la metrópoli ni en el imperio. Los problemas de orden material que había que superar eran demasiado formidables, a lo que habría que añadir los recelos que suscitaban las posesiones ultramarinas desde la Guerra de Independencia de los Estados Unidos; unos recelos que no hicieron sino incrementarse a medida que se comprobó que los dominios tendían más a presentar exigencias que a ofrecer su apoyo a Gran Bretaña, precisamente en un momento en que la situación se iba volviendo cada vez más tensa en el continente europeo<sup>9</sup>. En tales circunstancias, Gran Bretaña se dio cuenta de que el crecimiento del poder de los Estados Unidos y de Rusia constituía una amenaza, tanto para su supremacía naval como para la seguridad de la India, y reaccionó tratando de reducir las cargas de defensa por medio de una serie de acuerdos que permitieran un mayor reparto de costes y, a partir de la firma del Tratado Hay-Pauncefote, cediendo ante los Estados Unidos en todos los asuntos de importancia. *Mutatis mutandi*, las mismas consideraciones podrían aplicarse a Francia. Después de 1898 también dio signos inequívocos de aspirar a un fortalecimiento de su seguridad: absteniéndose de cualquier intento de expansión ulterior, limitando sus compromisos defensivos y mostrando una mayor confianza en los acuerdos internacionales. En septiembre de 1912, británicos y franceses llegaban a un acuerdo por el que ambas potencias se comprometían a compartir la de-

7. Véase R.E. ROBINSON, J.A. GALLAGHER y A. DENNY, *In Africa and the Victorians*, London, 1963, y A.J.P. TAYLOR, *The Struggle for Mastery in Europe*, OUP, 1957, capítulos XII y XIII.

8. Véase Frank OWEN, *Tempestuous Journey, Lloyd George, his Life and Times*, London, 1954.

9. Véase, por ejemplo, el discurso de Sir Edward Grey ante la Comisión para la Defensa Imperial, que contó con la presencia del Primer Ministro de los Dominios que asistía a la Conferencia Imperial: BD, VI, Apéndice V, p. 781.

fensa naval en aguas europeas (los británicos abandonaban el Mediterráneo en manos francesas y éstos dejaban la defensa de los accesos del Atlántico a los británicos). Tal acuerdo revela con meridiana claridad hasta qué punto todos los factores que hemos venido mencionando confluían en las relaciones anglo-francesas<sup>10</sup>.

Sin embargo, el aspecto de la fluctuante situación internacional que les había impulsado a reaccionar de esta manera no era el mismo en ambos casos. La reacción británica venía motivada, fundamentalmente, por los problemas de carácter global que planteaba la expansión rusa en Asia. Mientras que, en el caso de los franceses, se debía ante todo a la amenaza que representaba Alemania en Europa. Ambas reacciones, aun manteniéndose dentro de parámetros tradicionales, respondían a una nueva situación tan apremiante como real. Tal realidad se derivaba, básicamente, del cambio radical que se había producido en lo referente al tamaño óptimo de Estado, y no era otra que la reacción de Japón y Alemania ante la supremacía emergente —que ya predijera Tocqueville— de los Estados Unidos y Rusia.

Para Rusia y los Estados Unidos resultaba más sencillo, en términos comparativos, enfrentarse a esta situación, por más que para los segundos fuera inesperada. Los acontecimientos les habían proporcionado una serie de ventajas en las que ahondar y una serie de posiciones favorables que defender. En cambio, para franceses y británicos, por las razones que ya se han comentado, la situación se presentaba muy confusa y, en consecuencia, sus reacciones fueron defensivas y estuvieron teñidas de inquietud. En contraste, la situación de Japón y Alemania, aunque complicada, no dejaba de ofrecer sus oportunidades. Ambas naciones habían alcanzado un gran poder a escala regional. Japón se había incorporado al club de los países industrializados y eficaces militarmente y había visto fortalecida su posición debido a la debilidad creciente de China; mientras que Alemania, a pesar de su industrialización tardía, se encontraba ya a la cabeza de las naciones europeas en el terreno económico, gracias a que había sido capaz de auparse hasta el liderato tecnológico en un momento en que éste, y no la mera capacidad productiva, estaba pasando a ser la principal fuente de prosperidad económica. Por otra parte, esta prosperidad les permitía mantener un aparato militar de considerable tamaño, a la vez que su rápido crecimiento demográfico les proporcionaba una nutrida mano de obra industrial y la posibilidad de movilizar fuerzas de combate a gran escala. La supremacía regional de que gozaban tanto Japón como Alemania les dio la oportunidad de intentar competir con Rusia y los Estados Unidos en su expansionismo y, en el caso de Alemania, de ponerse al mismo nivel de los británicos antes de que fuera demasiado tarde. Las dos naciones tenían muy claro que el método adecuado para alcanzar sus objetivos era la adquisición de una extensión territorial integrada o, al menos, tan integrada como fuera posible.

10. Véase P.M. KENNEDY, *The Rise and Fall of British Naval Mastery*, Londres, 1976.



## II.

Esta evolución produjo, metafóricamente hablando, dos sistemas climáticos superpuestos: uno que fluía de forma continuada pero lenta a escala global, y que iba transfiriendo la condición de potencias mundiales a los Estados Unidos y Rusia (aunque de manera distinta según los condicionantes específicos de cada uno de los Estados), y otro, que se movía a gran velocidad a escala regional, y que iba confirmando la condición de gran potencia en su ámbito a Alemania y Japón, permitiéndolas así interactuar con el primer sistema. En 1895, como volvería a ocurrir en 1937, los japoneses serían los primeros en entrar en acción al atacar a China y derrotarla con facilidad. La actuación conjunta de Alemania, Francia y Rusia les impidió obtener todas las ganancias que se podían haber derivado de su victoria pero, en la práctica, su consecución tan sólo sufrió un retraso. La ocupación rusa de Manchuria, que había venido provocada por la insurrección de los *Bóxers* en Pekín en el año 1900, desembocó en un enfrentamiento entre Japón y Rusia entre los años 1903 y 1905. Los japoneses derrotaron a los rusos por tierra y por mar y, tras la Paz de Portsmouth, New Hampshire de 1905 —en la que los Estados Unidos actuaron de mediadores— obtuvieron Corea, otros territorios isleños en la zona, amplios derechos sobre Manchuria y demás derechos sobre China en su conjunto. Todas estas concesiones se verían sustancialmente ampliadas por las “21 Peticiones” que Japón presentó a China al estallar la Guerra del 14 en Europa. La construcción por parte del Japón de un territorio extenso y compacto se iniciaba, pues, con los mejores augurios<sup>11</sup>.

En el caso de Alemania su programa de acción fue algo diferente. Japón tan sólo aspiraba a excluir a Rusia y todavía no se había planteado qué hacer para ponerse a la altura de los Estados Unidos; entre tanto China era ese enemigo perfecto cuyo estado de postración lo convierte en una presa fácil. Ese mismo elemento de la ecuación podía verse reproducido en la actitud alemana ante el Imperio Austro-Húngaro y el resto de la Europa Central. El Imperio de los Habsburgo se hallaba en franca decadencia y existía la opinión generalizada de que su caída era mera cuestión de tiempo. En tales circunstancias, Alemania podía aspirar a heredar los territorios alemanes, polacos y bohemios del Imperio, que eran conocidos como “las tierras austriacas”. Al sur y al este se encontraban Hungría, un satélite en potencia, Serbia, Bulgaria y Rumania —que ya estaban bajo el dominio de los Hohenzollern— y los jirones que quedaban del Imperio Otomano, con toda probabilidad también un potencial satélite económico, aunque no político. La línea de acción alemana, que incluía la alianza temporal con Austria-Hungría, el dominio económico sobre la Europa Central y del Este y el constante intento de atraer a su campo al Imperio Otomano, era perfectamente lógica. La idea de construir un

11. Véase R.F. HUDSON, *The Far East in World History*, Londres, 1938. W. Langer, *The Diplomacy of Imperialism*, Nueva York, 1957. R. LANGHORNE, *The Collapse of the Concert of Europe*, Londres, 1982.

ferrocarril que cruzara el sureste de Europa y, posteriormente, se extendiera por Anatolia hasta alcanzar Bagdad, serviría, en primer lugar, para impulsar la creación de una zona continua donde su influencia política y económica sería irresistible y, más adelante, como cabeza de puente para adquirir grandes extensiones territoriales. Si tal proyecto llegaba a realizarse, Alemania conseguiría dar un gran paso adelante en el afianzamiento de su seguridad y en la consecución de sus ambiciones en el concierto mundial. Sin embargo, Alemania tenía un problema que no afectaba a los japoneses: su relación con Rusia. Existía una antigua relación de amistad y parentesco con la familia real rusa y, además, Rusia abogaba por los mismos sistemas y valores políticos conservadores que Alemania. La inmensa dimensión de Rusia, que alcanzaba hasta la mitad de Polonia, la convertían en un vecino excesivamente próximo. Lo que Alemania necesitaba era hacer retroceder a Rusia hacia el este, a ser posible, hasta la demarcación que habría de ocupar la frontera ruso-polaca en 1919. De tal modo, Alemania conseguiría ampliar sus territorios en el norte de Europa y Rusia vería reducida su presencia y sus recursos en el continente europeo, lo cual contribuiría a establecer un mayor equilibrio entre ambas potencias. En dos ocasiones tuvo Alemania la posibilidad de conseguirlo —en 1918 y durante la segunda guerra mundial— y en ambas ocasiones eso fue precisamente lo que hizo.

El problema no eran tanto los lazos que tradicionalmente habían unido a Alemania con Rusia como los problemas estratégicos que ocasionaría a Alemania un conflicto ruso-germano. Desde la guerra de 1870 y la creación del Reich unificado, los gobiernos alemanes habían sido conscientes de los problemas potenciales que acarrearía la probabilidad de que cualquier guerra futura se desarrollara en dos frentes. A finales de siglo, el crecimiento del poder alemán había despertado los recelos de Rusia, entre otras razones, porque aquella política que Bismarck desarrollara con tanto éxito y cuyo objetivo era ocultar a los ojos de los rusos el poder alemán, no había sido continuada por sus sucesores. Por otra parte, en occidente, Francia nunca se había conformado con su situación y, lo que quizá no deja de resultar muy significativo en el presente contexto, se había negado a considerar que la obtención de una serie de desiertos norteafricanos constituyera compensación suficiente por la pérdida de Alsacia y Lorena. En consecuencia, para poder enfrentarse a Rusia y crear un gran imperio territorial, Alemania tenía que hacer planes para neutralizar o derrotar rápidamente a Francia. Además, tenía que llegar a algún tipo de acuerdo para asegurarse de que Gran Bretaña no entraría en el conflicto o, al menos, no en sus primeras fases. A partir de 1897, la política alemana comenzó a orientarse decididamente hacia la obtención de tal fin. Las negociaciones con Inglaterra que, en un principio, se forzaron atemorizando a los ingleses con el poderío naval alemán, no pasaron de ser esporádicas y lo mismo puede decirse de los intentos de amedrentar a Francia para que llegara a algún tipo de acuerdo o, al menos, renunciara a aquellos acuerdos en los que estaba involucrada. No obstante, lo más significativo fue la decisión de aprobar la segunda versión del Plan Schlieffen como base de su política militar. En el mismo se indicaba con

toda claridad que el objetivo prioritario de Alemania era hacer una guerra victoriosa contra Rusia. Todo lo demás no serían sino consecuencias derivadas de ese objetivo; la más importante de las cuales era la necesidad de enfrentarse a Francia y derrotarla rápidamente antes de iniciar el verdadero combate en el este<sup>12</sup>.

Todos estos factores hicieron que la expansión ultramarina pasara a un plano muy secundario en la lista de prioridades de la política alemana. Las quejas en el sentido de que Alemania estaba siendo maltratada a este respecto podían plantearse a efectos negociadores —algo que podía resultar particularmente útil a la hora de tratar con Francia o con Gran Bretaña— o bien para consumo doméstico, con objeto de obtener así un mayor respaldo para sus tácticas negociadoras. No en vano Bismarck, que durante un breve período de tiempo había utilizado a África como parte de su política europea de seguridad, había establecido un precedente al que se podía recurrir. Con todo, siempre hubo otros factores de mayor importancia. Finalmente quedó claro que la nueva Armada de Alta Mar no guardaba relación alguna con el deseo de mantener el imperio alemán en sus dimensiones presentes ni con intento alguno de obtener uno mayor. Las relaciones de Alemania con Rusia y con la Europa Central y del Este no llevaban aparejada la expansión ultramarina, del mismo modo que el proyecto del ferrocarril de Bagdad, por más que atemorizara a británicos y rusos, no tenía como principal objetivo la obtención de ganancias territoriales para Alemania en el Golfo Pérsico, sino asegurar la influencia alemana en una zona productora de crudo. A este respecto conviene no olvidar que toda la penetración europea en China tuvo principalmente un carácter económico y estuvo basada en concesiones. Las adquisiciones territoriales fueron mínimas y se realizaron, generalmente, mediante contratos de arrendamiento que, además —como ocurriera en su momento con las adquisiciones cartográficas africanas de la década de los 80— respondían más a consideraciones de carácter preventivo que a otras razones de mayor calado. En este sentido, el comportamiento de Alemania no constituye ninguna excepción. Pero, en relación con este tema, el caso más interesante sea quizás el complejo problema del futuro de las colonias portuguesas en África.

La cuestión se planteó en dos ocasiones antes de la Guerra del 14 debido al hecho de que existía la opinión generalizada de que, dada su grave situación financiera, Portugal tendría que renunciar a sus colonias, probablemente vendiéndolas. En 1898, Alemania suscribió un tratado con Gran Bretaña por el que se establecía el modo de efectuar el reparto en caso de que tal acontecimiento llegara a producirse. Las razones que habían impulsado a los alemanes a suscribir aquel tratado respondían, más que al deseo de apropiarse de los territorios en cuestión, a su voluntad de presionar sobre los británicos con objeto de que éstos se mostraran más dispuestos a alcanzar un acuerdo de política general con Alemania; acuerdo que habría de garantizar que se mantendrían al margen en caso de que en el

12. V.R. BERGHAHN, *Germany and the Approach of War in 1914*, Londres, 1973.

futuro se produjera un conflicto ruso-germano. En la segunda ocasión, el tema se suscitó justo a principios de 1912, tras la grave escalada de tensión entre alemanes, británicos y franceses generada por la Crisis de Agadir de 1911. Tanto los británicos como los alemanes se mostraron de acuerdo en que había que intentar encontrar algún tipo de excusa para poder decir que se estaban manteniendo negociaciones y, finalmente, presentar el tratado propiamente dicho para demostrar que no todo era completamente estéril en las relaciones anglo-germanas. El resultado fue muy ilustrativo. Las negociaciones sobre la reorganización a la que habría que someter las disposiciones de 1898, en caso de que se produjera el derrumbe del imperio portugués, se desarrollaron sin apenas problemas. Ni alemanes ni británicos mostraron un ansia especial por hacerse con los territorios y, bien pronto, se pusieron las iniciales a los mapas. Pero, hacia el año 1913, quedó claro que el problema era otro muy distinto. Aunque a los Alemanes les agradaba la idea de mantener conversaciones con los británicos, no sentían el mismo interés por hacer público un acuerdo que, según aseguraban, no sería comprendido por su opinión pública a menos que se produjera en el momento del derrumbe portugués. Para los británicos, en cambio, el único sentido de las negociaciones era que se llegara a un acuerdo público; no deseaban más territorios, e incluso, en el fondo, abrigan la esperanza de que Portugal conseguiría recuperarse; lo que de verdad necesitaban era alcanzar un acuerdo, el que fuera, con Alemania<sup>13</sup>.

Este episodio, por más interesante que pueda resultar a la hora de considerar cuáles eran los verdaderos imperativos de la política alemana, no deja de ser una de tantas pruebas, y no de las más significativas, que los acuerdos realizados antes de 1914 pueden aportarnos sobre la importancia decreciente de las ambiciones territoriales en Ultramar. El primero de tales acuerdos fue la Alianza Austro-Germana de 1879. Se trató de una alianza secreta, fundamentalmente porque Bismarck no quería que los rusos tuvieran conocimiento de que existía un compromiso alemán con los Habsburgo ni deseaba que estos últimos pudieran hacer uso de ella; esta alianza no tenía repercusión alguna sobre los territorios de Ultramar. El segundo fue la Triple Alianza de 1882, en la que se integraba también Italia, y cuyos contenidos guardaban cierta relación indirecta con las tensiones franco-italianas sobre temas norteafricanos, aunque su principal objetivo era favorecer la distensión entre ambas partes y garantizar el sistema de seguridad europea de Bismarck. Finalmente, el tercero fue la Alianza Franco-Rusa de 1894, que iba a ser el primer acuerdo en que quedarían nítidamente reflejados los efectos del nuevo contexto de la política internacional que hemos tratado anteriormente.

Por vez primera, el crecimiento del poderío alemán en Europa representaba una amenaza lo suficientemente seria para que, por un lado, Rusia dejara al margen sus simpatías dinásticas y conservadoras con Alemania, y por otro, el régimen

13. R. LANGHORNE, "Anglo-German Relations concerning the Future of the Portuguese Colonies, 1911-1914", *Historical Journal*, XVI, 2, 1973.

republicano francés olvidará su tradicional renuencia a apoyar, bien con las armas o bien con fondos, al opresor régimen zarista de Rusia. Es cierto, no obstante, que las cuestiones extra-europeas también desempeñaron su papel. Desde el final de la Guerra de Crimea, los rusos eran conscientes de la hostilidad británica y, de hecho, los temores de los británicos iban en aumento a medida que la expansión rusa por el Asia Central se iba aproximando cada vez más a la India. Sin embargo, ni los franceses estaban en condiciones de incidir en la postura británica con respecto a Afganistán —a no ser indirectamente, amenazando con conspiraciones de carácter intraeuropeo— ni Rusia estaba dispuesta a permitir que la alianza con Francia sirviera para alentar los resentimientos franceses por la ocupación británica de Egipto; una cuestión que no le incumbía y de la cual no estaba dispuesta a ocuparse. Después de 1898, la situación comenzó a reflejar, de forma cada vez más clara, los nuevos imperativos globales. La amenaza rusa sobre la India y las consecuencias que se derivaban de la decadencia de China, unidas al crecimiento del poderío alemán en Europa, pasaron a ser los principales factores de la tensión internacional. La primera consecuencia fue una serie de intentos de alcanzar un acuerdo anglo-germano. Por lógica, solía pensarse que entre Gran Bretaña y Alemania no existían discrepancias y sí muchas cosas en las que estaban de acuerdo; tal lógica resultó ser básicamente errónea. Los alemanes deseaban alcanzar un acuerdo con los británicos que garantizara su neutralidad ante la eventualidad de un conflicto europeo con Rusia. A cambio de tal neutralidad estaban dispuestos a poner freno a su expansión naval y a ofrecer un apoyo de carácter general a la seguridad del Imperio británico, renunciando a cualquier inoportuna reivindicación por su parte. Pero a los británicos les preocupaba mucho cuáles fueran las intenciones alemanas con respecto a Europa y, en cualquier caso, querían contar con apoyos frente a la presencia rusa en Asia Central y China. No se produjo un encuentro entre las aspiraciones de unos y otros y lo único que quedó fue un vago resentimiento que impedía alcanzar acuerdo alguno<sup>14</sup>.

Pronto, el foco de tensión que se estaba desarrollando en Extremo Oriente creó su propia lógica. Esta lógica fue la que hizo que los japoneses acudieran a Berlín en busca de apoyos frente a las ambiciones rusas en China. Los alemanes carecían de medios y de voluntad de prestarles tal apoyo; sin embargo, Londres sí que disponía de ambas cosas. De tal modo, en 1902, casi en la fecha adecuada, la Alianza Anglo-Japonesa se convertía en el primer acuerdo internacional de pleno siglo XX que surgía como consecuencia clara de la competencia por redondear u obtener la condición de potencia mundial. En la medida en que se ocupaba de la cuestión de las modificaciones territoriales, el acuerdo era esencialmente defensivo: tanto Gran Bretaña como Japón tenían el máximo interés en mantener el *statu quo*; con franqueza en el caso de los británicos, que no deseaban otra cosa que

14. Véase G.W. MONGER, *The End of Isolation*, Londres, 1963; C.H. HOWARD, *Splendid Isolation*, Londres, 1967, *British Foreign Policy under Sir Edward Grey*, ed. F.H. HINSLEY, CUP, 1977.

verse aliviados de sus cargas estratégicas, pero no tanto en el caso de los japoneses, que deseaban que China siguiera siendo un territorio abierto<sup>15</sup>. Las consecuencias del acuerdo fueron mucho más importantes que sus propios contenidos. La Guerra Ruso-Japonesa estalló de forma casi inmediata y provocó la creación de la *Entente Cordiale* anglo-francesa de 1904. En 1898, Francia había renunciado ya a sus ambiciones africanas y, además, la guerra en Extremo Oriente había hecho surgir el fantasma de un conflicto transcontinental: Rusia, aliado de Francia, combatía contra Japón, aliado de Gran Bretaña, ¿no podía ocurrir que los combates navales se extendieran a aguas europeas y que los dos aliados se vieran involucrados en la guerra? Esta perspectiva aterradora fue la que impulsó rápidamente a Francia y a Inglaterra a seguir un camino, en el que en realidad ya estaban embarcados, y a firmar el tratado. Éste se basaba en un compromiso general por el que se resolvían las discrepancias anglo-francesas: se llegó a un acuerdo sobre los temas africanos, especialmente sobre las cuestiones de Egipto y Marruecos, se regularon las zonas de pesca y se alcanzaron diversos acuerdos sobre demás cuestiones menores en el resto del mundo. El mensaje era perfectamente claro: el sacrificio de las posiciones alcanzadas en lo referente a las posesiones de Ultramar era preferible a la imposibilidad de conseguir nuevos realineamientos en materia de seguridad que sirvieran para hacer frente a las nuevas necesidades. La principal de ellas iba a hacer su aparición de inmediato. Aunque la Entente se había planteado a escala global, en última instancia, había venido inducida por los acontecimientos asiáticos; sin embargo, la primera reacción que produjo tuvo lugar en Europa, y fue violenta. El gobierno alemán contaba con que las diferencias anglo-francesas les impedirían llegar a unirse y que, por tanto, si alguna vez llegaban a enfrentarse entre ellos tendrían que acudir a Alemania en busca de un aliado. Aunque el acuerdo representaba un serio revés para la seguridad alemana en Europa, no parecía probable que fuera capaz de superar el primer desafío que se le planteara. Este desafío se presentó bajo la forma de la Primera Crisis Marroquí de 1905, que desembocó finalmente en la Conferencia de Algeciras de 1906. Contrariamente a lo que se esperaba, la gravedad de la crisis no hizo sino unir más a Francia y a Gran Bretaña y confirmó a su acuerdo un carácter marcadamente europeo y defensivo, a la vez que se iban sentando las bases para un compromiso militar<sup>16</sup>. En esta ocasión, por lo menos, el imperialismo tradicional había cedido ante los dictados de la globalización.

La guerra en Asia concluyó con la total derrota de Rusia, y su desalojo de Manchuria puso fin a sus ambiciones en China. Hasta que pudo recuperar su poder militar y la estabilidad política interna, se vio forzada a interrumpir su expansión continental y tuvo que adoptar obligatoriamente una postura defensiva. Esta situación dejaba abierta la posibilidad de una nueva combinación de fuerzas interna-

15. I.H. NISH, *The Anglo-Japanese Alliance*, Londres, 1966.

16. C.M. ANDREW, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale*, Londres, 1968; *British Foreign Policy under Sir Edward Grey, op. cit.*; J.F.V. KEIGER, *France and the Origins of the First World War*, Londres, 1983.

cional que, a primera vista, hubiera podido parecer improbable: una alianza anglo-rusa. A pesar de los largos años de hostilidad entre británicos y rusos, los primeros deseaban alcanzar un acuerdo de este tipo desde 1898, y por lo demás, ya existía una especie de agrupamiento tripartito basado en la alianza franco-rusa y en la entente anglo-francesa. En 1907 se alcanzaba dicho acuerdo fundamentándolo, una vez más, en la renuncia a continuar con las disputas territoriales —en Persia, en Afganistán y en el Tíbet— y al igual que ocurrió con el de 1904, aunque nació en Asia, rápidamente comenzó a actuar en Europa. En principio, no parece que los británicos consideraran que el acuerdo con Rusia hubiera de tener consecuencias importantes en el panorama europeo, pero el intento alemán de echarlo por tierra en 1908/9 durante el transcurso de la crisis derivada de la anexión de Bosnia y Herzegovina por Austria, tuvo el efecto inmediato de convertirlo en un elemento crucial en la estructura internacional europea. En esta ocasión, el anacronismo de los conflictos imperialistas había dado paso a la competencia soterrada entre Alemania y Rusia por hacerse con el control del espacio político de la Europa Central y del Este<sup>17</sup>.

Si recordamos que tanto la entente anglo-francesa como el acuerdo anglo-ruso y el abortado acuerdo anglo-alemán sobre las colonias portuguesas, fueron posibles gracias a que se restó importancia, o se abandonaron por completo, las tradicionales premisas imperialistas, no resulta sorprendente que, cuando llegó la guerra, ni su detonante, el asesinato de Francisco Fernando, ni su causa más profunda, la rivalidad entre Alemania y Rusia, guardaran relación con los temas de la expansión colonial<sup>18</sup>. La guerra de 1914, como en su momento la guerra ruso-japonesa, y como había de ocurrir también con la guerra chino-japonesa de 1937 y las guerras de 1939 y 1941, fueron el resultado del intento de Alemania y Japón —que habían alcanzado un gran poderío a escala regional— de hacer de su supremacía regional un activo rentable a escala global que les permitiera sentarse a la mesa de las grandes potencias mundiales junto a los Estados Unidos y Rusia. Que tal intento valía la pena resulta obvio: basta con recordar las enormes dificultades que con el tiempo iban a tener que superar Rusia y los Estados Unidos para defender su posición frente a las pretensiones de estos dos Estados.

### III.

En la parte final de esta ponencia dirigiremos nuestra atención desde la situación exterior a la interna. Los avances tecnológicos que habían transformado la fi-

17. J.A. WHITE, *Transition to Global Rivalry*, CUP, 1995, y D.C.B. LIEVEN, *Russian and the Origins of the First World War*, Londres, 1983; véase también *British Foreign Policy under Sir Edward Grey*, op. cit., capítulos 6 y 9.

18. Resulta interesante apuntar que lo mismo puede decirse con respecto a la siguiente guerra. Véase Andrew J. CROZIER, *Appeasement and Germany's Last Bid for Colonies*, Londres, 1988.

sonomía de las relaciones internacionales a finales del siglo XIX, alteraron igualmente el funcionamiento y la estructura de los gobiernos y los Estados y afectaron al papel que el imperialismo desempeñaba dentro del marco de la política interna. Tales avances hicieron posible que se desarrollaran unas sociedades mucho más cohesionadas al permitir una comunicación más estrecha entre las distintas regiones entre sí, y entre éstas y el centro. De este modo venían a materializarse unas ideas sobre el Estado que llevaban en circulación desde tiempos de la Revolución Francesa. Igualmente, alteraron de manera radical las posibilidades que tenían los gobiernos de adoptar medidas en favor de la población y, en esa misma medida, también transformaron las expectativas de aquélla. La exigencia de que se llevara a cabo todo lo que fuera factible realizar, particularmente en materia de infraestructuras, condujo a un notable incremento de la acción estatal. A medida que se iban adoptando más medidas, se fue afianzando la idea de que las mejoras debían afectar no sólo al equipamiento sino también a las condiciones del desarrollo; de este modo hizo su aparición todo un nuevo universo normativo. Algo que tenían en común todas estas actuaciones era que, para llevarlas a cabo, se necesitaban personal y recursos; ambas cosas costaban dinero. Un aumento en los gastos implicaba un incremento de las cargas fiscales, lo cual provocaba a su vez un nuevo incremento de la burocracia administrativa e, igualmente, un mayor interés por parte de los contribuyentes en controlar la incidencia y el uso que se hacía de tales cargas. Toda la maquinaria del Estado se había puesto en marcha en dirección hacia un futuro colectivista mientras su propia dimensión continuaba aumentando de forma constante y, en consonancia con ello, se iban expandiendo los cometidos de los gobiernos.

A medida que el Estado iba cobrando mayor importancia en la vida cotidiana de los pueblos fue aumentando la involucración política de éstos en los procesos de gobierno. Se iniciaba así la participación de las masas en la democracia, a la vez que una época caracterizada por las maquinaciones políticas, más o menos sofisticadas, daba paso a otra dominada por las simplificaciones que diariamente publicaba la prensa sensacionalista. Cada vez resultaba más difícil, y más costoso, llegar al poder o mantenerse en él una vez que se había alcanzado. En un grado mucho mayor que antes, el poder de un Estado dependía en buena medida de su eficacia interna, del nivel de cohesión social y de la estabilidad política. En este contexto, aquellos Estados que se sustentaban sobre una nacionalidad dominante o una tradición nacional, tuvieron más éxito que los Estados plurinacionales; el desdichado destino del imperio de los Habsburgo y del Otomano constituye un ejemplo de la incidencia de este factor. Las nuevas circunstancias hicieron que la búsqueda de cuestiones que fueran susceptibles de ser utilizadas para recabar un mayor apoyo popular para un determinado régimen o gobierno se convirtiera en una auténtica obsesión. Entre ellas se encontraban las cuestiones de política internacional, que pronto pasaron a ser utilizadas, bien como táctica primordial, o bien como mera estratagema para desviar la atención. Tanto la política imperial como la política de defensa o la exterior, podían describirse con los tintes retóricos de un nacionalis-



mo agresivo o servir de excusa para prorrumper en protestas contra el juego sucio y hacer llamadas a la defensa de la madre patria. Cuanto más inseguro se sentía un régimen o un gobierno, mayor era el uso que hacía de estos métodos y, a medida que la situación internacional se iba volviendo más inestable, mayor era el daño potencial que de ello se podía derivar. La Alemania imperial del período que va de 1905 a 1914 constituye un buen ejemplo de la concurrencia de ambas circunstancias, y nunca de manera tan clara como en la embarullada forma en que se inició y se manejó la Crisis de Agadir de 1911<sup>19</sup>.

Un ejemplo diferente, pero igualmente ilustrativo de la interconexión entre la debilidad interna de los gobiernos y su política exterior, puede extraerse de la actitud británica ante el tema de las colonias portuguesas; tema que ya hemos tratado con anterioridad en un contexto más amplio. El deseo del gobierno británico de alcanzar y hacer público un acuerdo con los alemanes, a cambio del cual estaba dispuesto a pagar en el futuro con una serie de concesiones territoriales en África (un precio que se consideraba completamente razonable), venía motivado en parte por la frágil mayoría parlamentaria en que se sustentaba el gobierno de los Liberales. Estos habían accedido al poder en 1906 tras una aplastante victoria electoral; sin embargo, las dos elecciones generales de 1910 habían destruido esa mayoría y les habían obligado a depender de otros partidos: los irlandeses, que habían obtenido a cambio el autogobierno, y los laboristas, que aspiraban a que las reformas sociales se financiaran mediante unos recortes en los gastos de defensa que implicarían el regreso a una política exterior de carácter aislacionista y pasivo; un punto de vista que también era en parte el de determinados sectores de la izquierda del Partido Liberal. Todo ello contribuyó a que la política exterior del gobierno pasara a ser objeto de una considerable polémica, cuyas consecuencias políticas podían llegar a resultar peligrosas. La polémica surgió porque tanto el ministro de Asuntos Exteriores, Sir Edward Grey, como el Primer Ministro, H. H. Asquith, apoyados por la mayoría del gobierno creían, acertadamente, que la situación internacional en Europa se estaba volviendo cada vez más tensa y que, en parte por este aumento de los riesgos de la política europea, Gran Bretaña no podía seguir permitiéndose, ni financiera ni estratégicamente, la defensa en solitario de unos intereses que se extendían por todo el mundo. En estas circunstancias, habían decidido continuar con la política de sus predecesores, cuyo objetivo era buscar socios en el concierto internacional, pero sin llegar nunca a establecer con ellos un compromiso vinculante que incluyera el apoyo militar en determinadas circunstancias. Pese a ello, creían firmemente que, en caso de que la guerra fuera inevitable, no se debía privar a Gran Bretaña de su capacidad bélica por no haber adoptado las medidas adecuadas tanto a nivel interno como en relación con la búsqueda de aliados potenciales. Por su parte, a los elementos de izquierda les parecía que semejante línea política conllevaba una serie de riesgos que no estaban

19. BERGHAIN y TAYLOR, *op. cit.*

justificados, y no dejaban escapar ninguna oportunidad de censurar al gobierno por no criticar con la suficiente frecuencia o energía la opresión del sistema ruso, o por su innecesaria e incorregible postura antialemana. Dado el exiguo apoyo de que gozaba el gobierno en el parlamento, tales puntos de vista adquirirían una resonancia que no guardaba proporción alguna con el número de personas que los suscribían. Este era el contexto interno que hacía que, para mantener la superioridad naval británica, hubiera que recurrir a todo tipo de tretas políticas, y que explica por qué un acuerdo público con Alemania —fuera el que fuera— habría representado un verdadero regalo en materia de política interior<sup>20</sup>.

De este modo, a partir de 1898, la obtención de posesiones territoriales en Ultramar, o la imposibilidad de conseguirlas, acabaron por desempeñar un papel mucho menor en la conducción de la política exterior que el que habían tenido con anterioridad. Los temas relacionados con la defensa o los acuerdos de carácter estratégico —por ejemplo la alarma naval de 1908 en Gran Bretaña— pasaron a ocupar un primer plano a medida que la inquietud que provocaba el colapso del sistema internacional del siglo XIX fue abriéndose paso en la conciencia pública. Con todo, para pregonar un mensaje nacionalista podía ser necesario, y a veces así ocurría, recurrir al pasado, al presente o al futuro imperial. En último término, siempre podían sacarse a colación las explicaciones, autocomplacientes o incluso exculpatorias, que habían surgido una vez que se descubrió que los imperios coloniales representaban una carga onerosa. Por ello, las celebraciones nacionales podían incluir una enumeración de todas las cargas y obligaciones que el imperio había supuesto para los menos afortunados. De todos modos, Rudyard Kipling pensaba que la pesada carga del Hombre Blanco sería asumida por la historia:

*“Far-called, our navies melt away;  
On dune and headland sinks the fire:  
Lo, all our pomp of yesterday  
Is one with Nineveh and Tyre!  
Judge of the nations, spare us yet,  
Lest we forget - lest we forget!”  
(Recessional)<sup>21</sup>*

Como quizá cabía esperar, los franceses pensaban que *La Mission Civilisatrice* no concluiría jamás. Pero, tanto unos como otros, cada cual a su manera, exhalaban un inequívoco tono elegíaco que indicaba que el tema de la expansión del imperio, e incluso el de su defensa, estaban a punto de perder su eficacia como elementos de propaganda que los gobiernos podían destinar al consumo interno.

20. LANGHORNE, “Portuguese Colonies” *op. cit.*

21. Llamados desde tan lejos, nuestros navíos se desvanecen; / en las dunas y en los cabos se hunde el fuego: / ¡Ay, todo nuestro esplendor pasado / acompaña ya al de Nínive y Tiro! / ¡Tú que juzgas a las naciones, líbranos todavía, / Para que no olvidemos, para que no olvidemos!”. (Himno).

La confirmación no se hizo esperar. Pronto la Guerra del 14 comenzó a ir de mal en peor y los gobiernos beligerantes tuvieron que buscar otros métodos de propaganda para convencer a su población masculina de que tenía que marchar al frente a morir en una carnicería sin precedentes. No se les pidió que lucharan por los imperios, sino para “acabar con todas las guerras”. Por otra parte, la época que se avecinaba iba a pertenecer a aquellas ideologías que habían surgido, precisamente, de las dificultades que planteaba explicar y justificar la necesidad que tenían las sociedades industrializadas de dotarse de un aparato estatal de grandes dimensiones: tales ideologías fueron el fascismo y el comunismo. Tras la Guerra del 14, ambas iban a compartir el escenario político con el Estado liberal más tradicional —aunque con un componente colectivista cada vez más acusado—no ya como meros modelos teóricos, sino como ejemplos prácticos. A partir de ese momento, la conducción de los asuntos internacionales se vería invadida por su discurso hasta que la Segunda Guerra Mundial destruyó la mayor parte de las manifestaciones del fascismo, mientras que el advenimiento de la globalización económica a finales del siglo XX, hizo que las que subsistieron terminaran por resultar tan irrelevantes como las estructuras estatales que habían tratado de justificar con su existencia.

Traducción: Borja GARCÍA BERCERO